

■ PEDRO SERGIO URQUIJO TORRES*

Isabel Mora Ledesma (coord.) (2013). *Los caminos de la trashumancia. Territorio, persistencia y representaciones de la ganadería pastoril en el altiplano potosino*. San Luis Potosí, México: El Colegio de San Luis. ISBN: 978-607-7601-98-2. 205 pp.

La historia de la conformación del territorio mexicano, de su organización y estructura geográfica se remonta al siglo XVI. El patrón territorial que ya se insinuaba en tiempos previos a la irrupción europea, consistente en un centro hegemónico establecido en la ciudad de México-Tenochtitlan y sus señoríos tributarios, se consolidó desde los primeros años de la Colonia, cuando Cortés fundó la capital novohispana sobre las ruinas de la antigua metrópoli nahua. Los europeos privilegiaron entonces el altiplano central y sus alrededores y rehuyeron las costas. Siglos después, esta configuración espacial daría como resultado la estructura y forma territorial del México contemporáneo. El proceso de descentralización, es decir, la expansión poblacional hacia el norte y el sur, se originó también desde el siglo XVI a partir de dos procesos detonantes y estrechamente interrelacionados, la minería y la ganadería; esta última inédita en el continente americano. Ambas, la minería y la ganadería, estimularon las exploraciones y avanzadas, permitieron la consolidación de poblados y caminos en lugares remotos y, como en el caso del Septentrión novohispano, agrestes y desérticos. Junto con la ancestral práctica de la agricultura, desde entonces y hasta la irrupción de la explotación petrolera en el siglo XX, minería y ganadería fueron el sostén económico del país.

* Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Investigaciones en Geografía Ambiental.
Correo electrónico: psurquijo@ciga.unam.mx

En lo referente a la práctica ganadera, tema que ahora nos atañe, la bibliografía especializada es abundante. Además se reconoce su papel histórico y social, por ésta se colonizaron nuevos territorios septentrionales, se establecieron zonas de frontera y se transformaron rápidamente los paisajes con el fin de adecuarlos a las necesidades productivas. El planteamiento se ha hecho desde distintos enfoques, en los ámbitos históricos, antropológicos, económicos, geográficos y ambientales. Sin embargo, desde las distintas perspectivas disciplinarias, la atención en el tema se ha centrado en el ganado mayor, en la figura dominante e imponente de las reses. Esto llama la atención porque, de acuerdo con los autores del libro *Los caminos de la trashumancia. Territorio persistencia y representaciones de la ganadería pastoril en el altiplano potosino*, la producción caprina extensiva posee también una larga tradición, que además cuenta hoy con nueve millones de cabezas, lo que la sitúa en el segundo lugar en América, sólo detrás de Brasil, y en duodécimo en el mundo. Se trata, pues, de una actividad de profundo raigambre que no ha captado la atención necesaria. Más aún, en un contexto como el actual, en el que se estudian los temas vinculados a temáticas ambientales, de sustentabilidad o manejos responsables de los paisajes, las características de la ganadería trashumante deberían ser observadas con mayor detenimiento. Además de su valor social e histórico para la definición de identidades y territorialidades, el sistema productivo requiere escaso uso de tecnología, se extiende sobre tierras erosionadas o no aptas para la agricultura y con poca cubierta vegetal. Todo ello sin contar que es el medio de vida para más de 260 mil familias de pastores distribuidas en aproximadamente 320 mil unidades productivas en las zonas áridas y semiáridas.

Coordinado por María Isabel Mora Ledesma, investigadora de El Colegio de San Luis, la obra colectiva *Los caminos de las trashumancia* se estructura de tal forma que en sus cinco capítulos se abordan temáticas diversas desde distintos ámbitos de las ciencias sociales y las humanidades, sin perder en ningún momento el eje secuencial. De esta manera, el lector transita de los necesarios aspectos generales, que lo introducen en la temática, tales como los enfoques del estudio de la ganadería pastoril, los contextos históricos o el marco geográfico, para después adentrarse en temas más específicos, como los sistemas rituales,

la tenencia de la tierra ejidal, las relaciones de poder o la tradición oral ligada con la cultura pastoril.

En el primer apartado, titulado “La ganadería de pastoreo trashumante”, María Isabel Mora Ledesma introduce al lector en el estado de la cuestión; se trata de una revisión rigurosa de los estudios realizados desde la década de los sesenta, entonces muy influidos por los enfoques estructuralistas funcionalistas británicos, hasta las perspectivas de género o las interpretaciones ecológicas más actuales. Posteriormente, Gerardo Hernández Cendejas, en “Tras los senderos de las cabras”, expone el marco geográfico —físico y humano— en el que se desenvuelve la ganadería trashumante potosina. En seguida, Javier Maisterrena Zubirán, en el capítulo “Tierra y permanencia pastoril”, analiza las relaciones de poder y la lucha histórica por la tierra en el emblemático caso del ejido El Cedazo. En el capítulo cuarto, “Transitando espacios y estaciones”, Dulce Azucena Rodríguez analiza el ciclo ritual y la consolidación de la identidad a partir de las tradicionales pastorelas decembrinas, en particular en los municipios de Villa de la Paz y Charcas. Al final, en el quinto capítulo, “Oralidad en el Altiplano potosino”, Ignacio Betancourt nos introduce en la historia oral de las colectividades en movimiento a partir de la relación dialógica que se establece entre los pastores chiveros y el vínculo habla-escucha, cargados de elementos imaginarios que les otorgan identidad.

En la región del Altiplano potosino, el área estudiada, la ganadería caprina es un elemento clave para la comprensión de las formas de vida de los campesinos y sus familias. De acuerdo con Gerardo Hernández, en “Tras el sendero de las cabras” (pp. 77-107), esto se debe, entre otros, a tres factores. En primer lugar, quizá difícilmente otro tipo de actividad agropecuaria podría tener el éxito que tiene la ganadería caprina en esas complicadas tierras. En segundo lugar, la dedicación puesta en esta actividad ha generado un alto volumen de producción para el abasto nacional. En tercer lugar, y en consecuencia, el eje geográfico, económico, social, cultural e histórico de los pobladores de la región ha girado, desde hace casi quinientos años, una generación tras otra, en torno a la muy arraigada ganadería trashumante.

El Altiplano potosino se localiza en la porción meridional de Desierto Chihuahuense, uno de los más ricos del mundo en cuanto a diversidad

ecológica. Entre sus especies arbóreas destacan la gobernadora, el hojaseñ, el mezquite, las yucas, la candelilla, el guayule, la lechuguilla y la palma ixtlera. Abarca una extensión de 31 660 kilómetros, al interior de la cuenca de El Salado, una región de espacios abiertos de zacatales y lomeríos. Cubre jurisdicciones de nueve municipios de San Luis Potosí y un total de 225 ejidos, constituidos por localidades menores a 500 habitantes, cuyo patrón de asentamiento es disperso. Las localidades o “ranchos” se componen de 10 a 20 familias nucleares vinculadas por parentesco que mantienen un patrón de subsistencia económico mixto basado en la ganadería y agricultura (frijol y maíz), combinada con la recolección y la caza. En general, los hatos se integran de 10 a 200 cabezas de cabras, cantidad determinada por el número de miembros en edad para cuidarlas. Destacan los hatos de razas murciano-granadina y blanca celbérica extremeña, derivadas de posibles reintroducciones a finales del siglo XIX, y la reciente introducción de la raza bóer. La producción tiene dos destinos principales: del ganado adulto, el centro-occidente, en particular los estados de Jalisco, México, Guerrero y Puebla, y del cabrito, el estado de Nuevo León (p. 52).

La trashumancia es la movilidad estacional del ganado en su búsqueda cíclica de pastos. Este sistema dinámico permite un uso extensivo, rotativo, diversificado y óptimo del territorio, mediante el desplazamiento entre dos áreas geográficas ambientalmente opuestas, con el fin de aprovechar la complementariedad vegetal a través del ciclo estacional. Los nodos estructuradores de este sistema geográfico pendular son el rancho de origen de los pastores y la majada. La temporal se establece a partir de los ciclos de lluvias y secas. Las trashumancias empiezan después de las fiestas dedicadas a San Miguel (29 de septiembre), al término de la temporada de lluvias. Entonces los chiveros se dirigen hacia pastos altos —mayores a 2000 msnm—, donde se establece la majada, consistente en un corral y un tejabán construido con ramas. También una cueva puede funcionar para el pastor y su familia. En los meses de noviembre y diciembre se realiza la venta del cabrito.

En esas fechas, los chiveros emprenden la realización de pastorelas, estudiadas en el libro por Dulce Azucena Rodríguez en “Transitando espacios y estaciones” (pp. 145-172). Estas prácticas rituales datan del siglo XVI, cuando fueron introducidas por los órdenes mendicantes,

posiblemente franciscanos y jesuitas. De acuerdo con el calendario eclesiástico, las primeras pastorelas de la temporada son “las acostadas” del Niño Dios, que comienzan con las posadas, el 16 de diciembre, y terminan el 24 de diciembre, en la víspera de Navidad. Desde el 2 de febrero hasta la Pascua tienen lugar las representaciones de “las levantadas”, cuando el Niño Dios puede “sentarse”. Durante las representaciones, los diálogos de las pastorales están estrechamente vinculados con las formas del paisaje que se atraviesa durante la trashumancia, en particular la sierra, y por un tiempo remite a la noche. Así, el calendario cíclico establecido por los pastores entre las temporadas de lluvias y secas en las partes altas y bajas de la topografía se mezcla de manera armónica con el calendario ritual y con las representaciones culturales.

En febrero, cuando empieza el estiaje, las chivas son dirigidas a las partes bajas, donde se localizan los ranchos. Se trata de un periodo de escasez de agua y de incertidumbre para los pastores, que va de los meses de febrero a junio. Es durante este periodo cuando se realizan las rogaciones que incentivan a la colectividad. Después, con las primeras lluvias se inicia la siembra de maíz y frijol para el consumo familiar, y es periodo del ciclo de alimento para el ganado, pues con las lluvias proliferan los matorrales y los pastos (p. 58). Al final del ciclo trashumante se concluye también la venta de ganado adulto. Pero la carne no es el único producto que genera ingresos a las comunidades dependientes de esta práctica; como indica Javier Maisterrena en “Tierra y permanencia pastoril” (107-144), la leche también es un producto muy importante, en particular para las mujeres que elaboran quesos, casi a diario, aunque la mayor parte de la producción es para autoconsumo.

En síntesis, para las sociedades pastoriles, el espacio ganadero no se refiere al papel de contenedor geográfico y ecológico de los modos de producción y de los flujos de mercancías, capitales y personas, sino más bien implica un complejo entramado de relaciones territoriales e identitarias. Los senderos y caminos, los pastos, los jagüeyes o la alternancia temporal entre las planicies y las sierras son “bienes culturales”, apropiados con la fuerza de la reiteración histórica y en la cotidianeidad del lugar. El manejo del paisaje ganadero-pastoril se conjuga de manera dinámica con el ciclo de trashumancia en una antropología en movimiento.